



Fotos: Raúl León

Conserva sana a tu familia

Por RAÚL LEÓN y
MARÍA DEL CARMEN MUZIO

La visita de Juan Pablo II a nuestro país, en enero de 1998, nos dejó a través de sus esclarecedoras homilías e intervenciones, muchos postulados que aún mantienen su vigencia, como el que da título a este artículo. Y con “sana” el Santo Padre se refería a un grupo de aspectos que repercuten en el ambiente familiar, en muchas ocasiones lastrado por diferentes motivos: separaciones matrimoniales, desatenciones a los hijos, emigración y, también, la drogadicción en

sus diferentes formas: bebidas alcohólicas, mezcla de pastillas, y la aspiración de sustancias dañinas como la marihuana o la cocaína.

Sobre la primera, la redacción de *Amor y Vida* desea hacer énfasis en un problema preocupante en nuestros días: la adicción, específicamente, al alcohol. Aunque no es privativo de nuestro país, ha cobrado cierto auge en la sociedad cubana, ya sea por diversos factores, pero cuya incidencia en el núcleo familiar tiende a desajustarlo por completo. Así vemos, en la ac-

tualidad, lo mismo a jóvenes que a adolescentes, adultos y hasta ancianos, capaces hasta de “vender su alma al diablo” por unas gotas de bebida alcohólica.

La Organización Mundial de la Salud (OMS) ha catalogado esta adicción como una enfermedad. El alcoholismo es la dependencia a una bebida que modifica el estado de ánimo y crea en el individuo una necesidad de ingerir sustancias alcohólicas con las graves consecuencias que trae aparejada.



Desde el punto de vista social, además del rechazo que provocan los alcohólicos, está la pérdida del trabajo, maltratos, desordenes públicos, condenas por conducir en estado de embriaguez que pueden ocasionar accidentes con pérdida de vidas humanas, y disfuncionalidad en el ambiente familiar. Los problemas de enfermedad que provoca son numerosísimos: lesiones en el Sistema Nervioso de manera irreversible, problemas de aprendizaje, daños a la memoria, episodios de amnesia, gastritis, hepatitis que coadyuva a la cirrosis hepática, arritmias, insuficiencias cardíacas, disfunción sexual en el hombre y abortos espontáneos en la mujer, y si es una embarazada alcoholizada produce graves daños al feto, lo que se conoce como “síndrome de alcoholismo fetal” en que este padecerá de trastornos físico-motores y dificultades con el pensamiento abstracto.

En los casos más graves, el alcohólico, durante su “síndrome de abstinencia” puede llegar a sufrir alucinaciones terroríficas, conocidas como *delirium tremens*.

La OMS considera la ingestión de más de 50 gramos de alcohol en la mujer, y 70 gramos en el hombre para catalogarlo ya como un enfermo. Aclara que, una copa de licor o de un combinado posee 40 gramos de alcohol aproximadamente; un cuarto de litro de vino, 30 gramos; y un cuarto de cerveza, 15 gramos. Una fórmula sencilla de calcular la cantidad de alcohol ingerido es la de multiplicar la cantidad de bebida en mililitros o centímetros cúbicos por el número de gramos de alcohol de la bebida.

Se ha considerado que los alcohólicos adquieren el vicio por una baja autoestima o un problema al que son incapaces de afrontar, también la influencia del medio social, pero considerada ya como una enfermedad crónica, estudios más recientes han concluido que depende de cada persona en parti-

cular pues los factores pueden ser múltiples.

Otro señalamiento importante es que el bebedor necesita, cada vez con mayor frecuencia, aumentar la dosis de alcohol en el organismo, lo que se conoce como “tolerancia aumentada” hasta que el cuerpo se le adapta de tal forma que entonces un simple trago lo daña, porque “asimila menos”.

Un panorama sombrío espera al enfermo, marginado, sin ocupación laboral, rechazado por sus seres queridos o familiares, sin una mano que se tienda hacia él, a no ser la de sus propios compañeros de embriaguez.

No obstante, es bueno conocer que existen programas con tratamientos terapéuticos que han logrado grandes éxitos en la recuperación de los enfermos. Lo importante es, que tanto el enfermo como su familia, busquen ayuda especializada, sobre todo cuando sobreviene el llamado “síndrome de abstinencia”, porque al dejar de beber puede experimentar síntomas diversos como escalofríos, náuseas o alucinaciones. Existen las clínicas especializadas y la muy conocida organización de Alcohólicos Anónimos (AA).

En 1935, dos estadounidenses aquejados de este terrible mal, conocidos como Billy W y doctor Bob, quienes eran amigos, de común acuerdo decidieron ayudarse para dejar de beber. De esta forma surgió la tan conocida hermandad de AA. En sus inicios plantearon un programa que constaba de 12 pasos, de los cuales el más importante para ingresar en ella era el deseo de abandonar la dependencia al alcohol.

Esta sociedad actualmente está extendida por el mundo entero, y se basa fundamentalmente en la psicoterapia, o sea, las “terapias de grupo” y la “terapia ocupacional”. Otro de sus postulados es el de guardar el anonimato como hicieron sus fundadores, cuyos nom-

bres reales son casi desconocidos. Y el más importante, se fundamentaron en una intención espiritual, confiándose a Dios o a un Poder Superior, sin que sus miembros tuvieran que apegarse a ninguna religión en específico.

En nuestras parroquias funcionan grupos de AA que la Iglesia acoge amorosamente para la recuperación de estos individuos que se sienten “dejados de la mano de Dios”.

Para ello ejemplificaremos con una de las tantas reuniones que se dan en estas, pero específicamente escogimos el encuentro realizado por el Movimiento Familiar Cristiano (MFC) en la parroquia del Sagrado Corazón de Jesús de los Padres Pasionistas, en La Víbora.

Ya el MFC en dicha parroquia ha realizado, desde inicios de este año, diversas charlas sobre temas relevantes y de alta incidencia en la familia, en especial para los adolescentes y jóvenes; entre ellos, el concepto de familia en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, las relaciones prematrimoniales y la problemática de la homosexualidad en edades tempranas.

Al que haremos referencia en esta ocasión, por la importancia que reviste y las influencias negativas de su incidencia dentro de la dinámica familiar, fue dedicado a la problemática del alcoholismo y la drogadicción en la familia cubana. Con miras a abordar tan significativo tema en nuestra revista, nos acercamos al encuentro con la finalidad de transmitirles los contenidos y valiosos testimonios escuchados.

Se comenzó con las palabras introductorias de Mario Suástegui, laico responsable de la Pastoral Familiar en la comunidad, quien brindó una reseña sobre la necesidad de tratar estos álgidos temas con vistas a mejorar la ca-

lidad y buen entendimiento de las familias, desde la óptica cristiana y siempre con un invitado lo suficientemente capacitado para aclarar las inquietudes de los asistentes.

En este, en particular, se contó con las esclarecedoras opiniones del padre Evelio Rodríguez c.p., párroco del lugar y Carlos Díaz, religioso pasionista; además de los testimonios de algunos miembros del grupo de Alcohólicos Anónimos que acostumbran reunirse en la comunidad.

Primeramente, el padre Evelio brindó estadísticas reveladoras sobre el consumo de drogas en los adolescentes de Gran Bretaña, donde un 12 por ciento de los alumnos, entre 11 y 15 años, han consumido drogas; citó un informe de la Unión Europea que plantea que, entre la gente joven, es cada vez más habitual el beber hasta emborracharse; y que el ex secretario general de las Naciones Unidas declaró que la droga está destruyendo a la sociedad y fomentando el delito, esparciendo enfermedades como el SIDA, por lo que peligran nuestros jóvenes y nuestro futuro. También señaló que un informe del gobierno de los EE.UU ha dicho que “la drogadicción no es solo problema de los pobres, las minorías o los barrios bajos, sino que afecta a todas las clases sociales, es un problema de todos.”

“Estos elementos –continuó– nos hacen ver que nosotros no podemos permitir que esta situación siga tomando fuerza, y tenemos que pensar qué podemos hacer desde la familia para evitarlo o cómo acompañar a estas personas, ya una vez adquirido el vicio.

Si buscáramos definir –puntualizó– desde el punto de vista bioquímico, qué es una adicción, podemos decir que es un estado psíquico-físico causado por la inte-

racción de un organismo vivo con un fármaco, caracterizado por la modificación del comportamiento y otras reacciones, generalmente respondiendo a un impulso. Actualmente, –explicó– el concepto de adicción se ha ampliado a otras conductas que no se pueden controlar, no solo ante las drogas y el alcohol, sino también referentes al sexo, la pornografía, el juego, etc., y últimamente hasta se habla de ciberadicción, como el deseo incontrolado a estar delante de una computadora horas y horas; u otros adictos al celular y demás artefactos modernos que van naciendo, y que pueden crear estas actitudes de compulsión con el fin de lograr placer o satisfacción”.

Continuó sus palabras preliminares al citar la Declaración de los Derechos Humanos, según la cual “la familia es el elemento natural y fundamental de la sociedad; y por ende, tiene el derecho de ser protegida por el Estado, quien debe procurar que la familia crezca y se fortalezca, porque de cómo es la familia, así luego será la sociedad. Por eso, el papa Juan Pablo II nos decía: “Cuba, conserva sana a tu familia...” y que esto se refleje para bien de la sociedad. Es en

la familia donde comienza el proceso de socialización de todos los seres humanos, ahí aprendemos a amar, es donde aprendemos los valores, si una familia no cumple con su papel dentro de la sociedad, indudablemente, al ser humano le faltará algo.

Ninguna familia es perfecta, todas tienen sus dificultades, pero yo creo que es el tesoro más grande que podemos tener y la herencia mayor que los padres puedan dejar a sus hijos, quizás no sea tanto el dinero y las propiedades, como una familia bien constituida, porque, la fuerza de los lazos de consanguinidad y afinidad no son sustituidos por nada.

El alcoholismo y la drogadicción agreden frontalmente a la familia, van encaminados a destruirla, y en ese trayecto que puede ser más largo o más corto, ocurren, de muchas maneras, cuestiones generadoras de grandes sufrimientos para todos.

Nos acompañan hoy algunas personas que tienen la experiencia de haber vivido el problema del alcoholismo, y han aceptado, generosamente, venir esta noche a compartir sus vivencias acerca del tema y su repercusión en la fami-





lia. Por ello los invito a que nos narren su experiencia, en su familia, y ofrezcan sus testimonios: cómo sus familias vivieron esta situación de alcoholismo.

Después de escucharlos podremos hacerles algunas preguntas al respecto”.

Por razones obvias citamos únicamente los nombres de las personas que accedieron gentilmente a ofrecer sus experiencias de vida.

- Camilo: Desde muy temprana edad trabajé en lugares en los que había mucha bebida y sin ella no eras nadie, pues era necesaria para poder trabajar y sentirte bien. Desgraciadamente, la bebida me fue penetrando cada día más, y llegó el momento en que sin ella no podía ser yo mismo. Esta situación me hizo perder el trabajo, ya no quería un salario, y me dediqué a robarle a mi familia cuando los visitaba, para luego venderlo y comprarme ese trago sin el cual no podía vivir. A mi esposa la maltrataba mucho cuando venía tomado, era un tormento para mis hijos. Fueron en vano los consejos para que dejara el vicio. Con el tiempo, mi familia cambió su modo de verme, dejaron de confiar en mí, no me querían a su lado. Con el empeoramiento de la situación acepté ir a un hospital en donde conocí, gracias a Dios, a la organización Alcohólicos Anónimos (AA), quienes me acogieron inmediatamente desde la primera sesión a la que asistí, y comencé el proceso que me ha ayudado a recuperar a mi familia, a que renovar su confianza en mí y a reincorporarme a la sociedad.

- Dagoberto: Me gradué de técnico medio en Gastronomía, y cuando empecé a trabajar como cantinero, comenzó la tomadera; primero, como un gusto o una diversión, después se fue incrementando esa dosis de alcohol cada vez más, hasta que me botaron del trabajo, y me vi sin dinero, tomando cualquier tipo de bebida que apareciera; robaba a mis familia-

res para tomar. A pesar de esto contraí matrimonio con la madre de mi hijo, pero nos separamos por las mismas borracheras, me volví a casar y me volvieron a botar por borracho.

Hay ocasiones en que uno quiere dejar de beber pero no puede, a ese lo llaman el bebedor problema (bebedor alcohólico) pues no puede dejar de tomar nunca y pierde el control de su vida y tiene que tomar hasta caer desfallecido. Este individuo tiene tres caminos: la cárcel, la locura o la muerte. La mayoría va a parar a la muerte, pues el 98 por ciento de los accidentes de tránsito son a causa de la bebida; y otro tanto por ciento se vuelve loco literalmente, ante la necesidad incontrolable de bebida.

Mi familia no se aisló de mí, sino que yo fui quien me aislé de ella. Yo decía que mi familia era mala, que no me quería. Mi mamá partió al extranjero cuando apenas tenía 14 años, y me dejó en un apartamento con todas las comodidades, en un municipio céntrico de la capital, y después que ella se fue yo continué con mis borracheras; al quedarme sin trabajo y sin dinero, comencé a vender, poco a poco, todas las cosas de mi casa hasta quedarme sin los tomacorrientes, con tal de comprar bebida.

Todo esto lo hacía a espaldas de mi mamá, pues las veces que ella venía de visita se alojaba en casa de mi hermano, y nunca venía a mi casa. Mis hermanos y demás familiares nunca le decían de mi situación para que no sufriera; pero un día ella se decidió a visitarme, después de tres años sin ir, y se encontró con aquel desastre, una casa totalmente desmantelada, y con aquel desastre de hombre en que se había convertido su hijo. Imagínense lo que sucedió, cuánto sufrimiento le causé, cuánta decepción, que ella decidió no venir más a Cuba con tal de no encontrarse con esta situación mía. El resto de la familia me botaban de sus

casas cuando yo aparecía, andaba por las calles sucio, hambriento, y durmiendo en los portales.

Hasta que un día encontré a un amigo mío, y me dio una tarjetita de presentación de uno de estos grupos de Alcohólicos Anónimos; comencé a asistir a las sesiones, donde me dieron una noticia buena y otra mala: la buena era que el alcoholismo era una enfermedad, ahí me di cuenta que yo no era un descarado como muchos pensaban, sino que todo lo que hacía era consecuencia de una adicción que tenía. La noticia mala fue que el alcoholismo era como el cáncer o el SIDA, una enfermedad mortal, con la única diferencia de que yo puedo detener su avance con la suspensión diaria del consumo de esa sustancia. Yo me atrevería a agregar que es peor que estas enfermedades, pues ambas solo perjudican al enfermo, pero el alcoholismo perjudica también a la madre, al padre, a la esposa, los hijos y demás familiares del enfermo.

Les recuerdo cómo el alcohólico pierde hasta el nombre propio, pues pasa de llamarse Pedro o Eduardo a llamarse por los apodos: “Caneca”, “Bocoy”, “El Chispa” y otros tantos. Por eso la meta mía y de cada miembro de AA es cumplir con la máxima: HOY NO VOY A TOMAR. Y así llevo ya tres años y medio sin tomar.

Por eso les digo que si tienen a una persona alcohólica en la familia, no lo vean como un descarado o sinvergüenza, sino que es una persona que está enferma, que necesita ayuda, y ayúdenlo a acercarse a nosotros que estamos en disposición de ayudarlos.

Posteriormente a estos testimonios, otros de los presentes ofrecieron dos breves demostraciones de madres que fallecieron a consecuencia del dolor sufrido por tener hijos alcohólicos; y el trauma que

estos arrastran hoy por ser los causantes de tantas desgracias.

El padre Evelio intervino esta vez para mostrar la admiración que siente por la solidaridad de estos grupos de AA. “El ansia o deseo de ayudar a otros alcohólicos —aquilató— a que salgan de esa situación, estos testimonios que nos hacen darnos cuenta de que, para la familia es un verdadero drama en el que se llega a situaciones límites para todos sus miembros. Las historias de ellos ilustran las etapas por la que van pasando: primero, no tienen dinero para satisfacer su necesidad de bebida, y comienzan a llevarse las cosas de la casa para venderlas o cambiarlas por alcohol o droga; y la familia lo acosa y acusa por esta situación, comienzan las peleas, las tensiones aumentan, pues esa persona está dañando a su familia. Se crea un estado de inseguridad que hace que toda la familia viva intranquila, sin paz. Después, como consecuencia de esto viene el rechazo, la gente los empujan, los marginan, los botan de los lugares a donde llegan, etc., y el alcohólico comienza a formar sus propios grupos al no ser aceptados en la sociedad; hay una despersonalización, no saben quiénes son, hay pérdida de la dignidad, llega un momento en que ya no les importa nada, lo único que quieren es beber y más nada; es un proceso de destrucción de la persona. Pero no solo se destruyen ellos, sino que también destruyen a su familia aunque esta no beba. En los hijos crean heridas incurables que repercutirán en el mañana, con solo presenciar el “espectáculo” que ofrece ese padre o madre, por la desatención de que son objeto, por estar sentados con una botella de ron, todo el daño moral y afectivo que se le infringe, repercute en el futuro de ese hijo.

Desde el punto de vista biológico

co —aclara— también hay un deterioro, pues tanto nivel de alcohol en sangre afecta el hígado, el páncreas, los riñones, y todos los demás órganos, daño que se agrava cuando la bebida que se toma está adulterada, como sucede muchas veces; de hecho, por la coloración de la piel se puede saber que son tomadores habituales.

Con pesar vemos que estos grupos van proliferando cada vez más, y el nivel promedio de edad va bajando también. Vemos a muchas familias golpeadas por este mal, que luchan por acompañar y ayudar a estas personas en medio de un dolor inmenso, que solo lo sabe quien lo está viviendo, con un nivel de sufrimiento atroz.

Ahora nos gustaría escuchar sus opiniones, ¿cómo la familia puede ayudar a las personas que viven en esta situación de alcoholismo o drogadicción?”

Interviene entonces el doctor Nelly Salomón Avich, quien después de felicitar la iniciativa del Encuentro por el nivel científico del mismo, que permite conocer la importancia del tema, abundó sobre las repercusiones biológicas del alcoholismo y la drogadicción, por lo que apuntó que “si bien el drama psico-emocional, social y familiar es esencial y fundamental a la hora de hablar de estas desgracias; no es menos cierto que en el aspecto biológico tiene una repercusión extraordinaria en la salud integral del hombre; “quisiera referirme a la repercusión que tiene en la mujer gestante, específicamente. Sin querer apartarme del tema, quiero decir que el tabaquismo, una de las drogas legales, es el que abre las puertas, en la juventud y la adolescencia, para cualquier otro tipo de adicción o vicio. En el embarazo, ambos vicios dañan a las gestantes, y para abundar en el tema, quiero referirme al libro *Salud sexual y reproductiva en adolescentes cubanos*, del cual soy coautor. En



uno de sus párrafos trato sobre el resultado de una investigación realizada a nivel nacional, sobre minusválidos, porque otro riesgo más para las madres adolescentes es la concepción con discapacidad o retraso mental. Importante es la prevención relacionada con las causas que la generan, ser madre adolescente genera este tipo de riesgo, evitable en una elevada cuantía. Una encuesta realizada entre el 2001-2003 arrojó los resultados en el comportamiento por sexo, que es del 48,6 por ciento, y corresponde al sexo femenino de todas las edades del total de la población discapacitada estudiada. En ese porcentaje se encuentran

incluidas las féminas de 10 a 19 años, clasificadas como adolescentes. Un segundo grupo de causas corresponde a las prenatales, con el 14,1 por ciento y el 3,6 por ciento a los perinatales, los que sumados dan el 17,7 por ciento de las causas que generan discapacidades. También entre esas se citan las enfermedades por accidentes, con un elevado número, seguido de las infecciones, psico-traumas, desnutrición e intoxicación, causas muy relacionadas con el cuidado de los niños.

Otro aspecto es el elevado consumo de alcohol en estas personas discapacitadas, y que en el caso de retraso mental, exacerban la conducta agresiva, lo que para el rango de edad de 15 a 19 años es del 47,9 por ciento, con un elevado número que llegó hasta la mutilación.

Debo decir que, en la familia, todo lo que se ha estado mencionando genera algo que se llama violencia o maltrato, tanto de carácter físico, psicológico o sexual; pero el más agudo es el psicológico, por ser el que más daño hace, y es en el que ustedes están tratando de profundizar. En Cuba, y fuera de ella, he tenido la oportunidad de escuchar relatos similares a los que nos han ofrecido estos dos hermanos, no hay diferencia ninguna con lo escuchado en México o en Chile, a pesar de las diferencias culturales, las desgracias han sido las mismas, las anécdotas han sido las mismas”.

Por su parte, Carlos Díaz, Religioso Pasionista, ofreció su opinión también, de acuerdo a su trabajo misionero en otros países, cuando comentó que “es un gran reto para la sociedad cualquier tipo de adicción, pues pueden ser adquiridos por todos sus miembros, independiente de su edad o sexo. Hoy vemos que se fomenta la adicción y consumo desmedido, que puede ser de alcohol pero también de comida, de ropa, de tecnología, de electró-

nicos, etc. En mi experiencia vivida en un Centro de Recuperación para Adictos, en El Salvador, que es atendido por Religiosas del Sagrado Corazón, pude constatar estas etapas que se señalaban anteriormente; y también el testimonio de las familias de estos enfermos que los acompañaban, que muchas veces no sabían que había un adicto dentro de la familia, pues ellos suelen esconderse; y en otros casos, sí lo sabían, pero se hacían los “de la vista gorda”. Cuando ya el fenómeno es evidente, hay un primer tiempo en que se aguanta, se sufre, se hacen promesas, se conversa muchas veces, pero luego no se aguanta más y se toma la decisión de apartarse o apartar, rechazar al adicto botándolo, incluso, de la casa”.

Aclaró que hay dos tipos de bebedores: los bebedores sociales y los bebedores problemas. “Al primer grupo pertenecemos todos los que podemos y solemos tomar con motivo de una festividad u ocasión que lo amerite, y no nos pasa nada. El segundo grupo son aquellos que todavía no han terminado de tomarse la botella y ya están en líos en la casa, el barrio, el trabajo.

En el año y dos meses que estuve en ese centro pude constatar el deterioro de todo tipo que se produce en esas personas, jóvenes y no tan jóvenes, que llegaban destruidos, entraban en los programas de rehabilitación, y se veía cómo se iban recuperando, pero a la vez iba quedando en ellos una herida moral y espiritual. En ese Centro teníamos un encuentro cada tres meses con las familias, con un seguimiento, una Pastoral, con los que salían recuperados de allí, para evitar que recayeran. Era un trabajo conjunto del Centro, el adicto y su familia, pues si no tenía éxito el tratamiento, ese enfermo y su familia seguirían sufriendo. Cuando se recupera un alcohólico o un drogadicto, se recuperan con él de cuatro a seis fami-

liares más, pues es un fenómeno que los engloba a todos.

En una ocasión, un muchacho me confesaba que realmente le era muy difícil “desengancharse” de la droga, pero era de admirar la fuerza de voluntad que ponían todos en aras de liberarse. Nosotros tenemos también otras adicciones, y nos cuesta trabajo salir de ellas aunque sean menos dañinas, como es el caso del alcohol y los estupefacientes; estamos hablando del tabaquismo, la computadora, el Internet. Es curioso cómo todos tienen un lenguaje propio que solo ellos dominan, tienen un mismo sentir, un mismo padecer, un mismo objetivo, pero también les une una misma desgracia. Cuando usted va a los grupos de recuperación de estas personas, ve cómo el aspecto físico, psíquico y moral les va cambiando, y yo doy fe de que la labor de estas instituciones o grupos es efectiva para el individuo y para su familia.

También pude colaborar con otras organizaciones, que tienen como objetivo capacitar a las familias que cuentan en su núcleo familiar con uno o varios adictos, y les enseñan a convivir con el adicto, a ayudarles a progresar en su labor de recuperación. Es importante la labor de la familia para evitar estas adicciones, por el deterioro que traen consigo. Sabemos que muchas veces son los adultos quienes incitan a los jóvenes a la bebida o a la droga, argumentando motivaciones de tipo machista y de falsa hombría, o para romper la timidez y llenarse de valor o de fuerzas físicas extraordinarias, o para sentir más placer sexual, entre otras. Hay que quitar la costumbre en las familias de que el regalo más común que le hacemos a un hombre sea una botella de ron, que cada vez que nos reunimos en familia hay que comprar una bote-



lla. Puede ser en una ocasión que se haga pero no SIEMPRE para no crear una adicción en los que no la tienen”.

Dagoberto: *Desde mi experiencia voy a hablar. En el caso de las familias que no saben que alguno de sus miembros tiene alguna de las adicciones que estamos tratando, debo decirles que, dándoles un seguimiento continuo a sus vidas llegará a saber la verdad, porque el alcohólico se va descubriendo poco a poco, pudiéramos decir que va creciendo su adicción; si hoy se tomaba un traguito fuera de la casa, pronto serán más, y más tarde traerá la bebida a la casa, con el pretexto de que es mejor beber en mi casa que en la calle, y de esa manera meto el alcoholismo en la familia, pero es precisamente ahí donde más necesita ayuda, no debe despreciarlo, abandonarlo, debe acompañarlo como se hace con cualquier otro enfermo, por-*



que eso es una enfermedad que lo acompañará hasta la muerte, quizás. En ese acompañamiento podrán aconsejarle, y en muchos casos reducirles la cantidad de bebida que ingieran, o buscarle otros mecanismos para que beba menos; y esto se hace cuando lo tenemos al lado nuestro, no tirado en una esquina, rodeado de otros adictos que no son su familia y a los que no les interesa su recuperación. En su mayoría, estas compañías malean más al alcohólico y lo inducen a seguir saqueando a su familia o estafando a otros en aras de obtener dinero para beber.

Otra posibilidad que tienen las familias es invitarlos a que asistan a los grupos de Alcohólicos Anónimos (AA), porque estamos presentes en muchos lugares, para que ahí les podamos ayudar también nosotros; asimismo las familias deben buscar ayuda profesional para aprender a lidiar con este flagelo y para que ayuden al enfermo. Y cuando ese familiar esté en ese proceso de sanación, no se le deben estar sacando los “trapos sucios”, recordándole las barbaridades que hizo cuando estaba borracho. Sepa la familia que cualquier esfuerzo por sacarlo de ese estado será bienvenido por el enfermo, aunque no lo reconozca, y sepa también que es recuperable; y hace un rato Carlos nos daba testimonios de adictos recuperados; yo soy otro ejemplo de que, gracias a AA, pude recuperarme y recuperar a mi familia, mi hijo y mi esposa, quienes actualmente viven conmigo.

Camilo: Desde mi experiencia puedo decir que yo creo que la familia juega un papel muy importante porque, para mí, la familia es el horcón principal del ser humano, que no puede faltar, y repito lo que dijo mi compañero, si tienen estos problemas, busquen ayuda profesional, porque la familia, al ayudar al alcohólico se va a ayudar a sí misma, háganle saber que sus esfuerzos para salir del alcoholis-

mo son muy valiosos para todos, la familia tiene que saber que él está luchando, y es muy difícil también para él, como decía Carlitos hace unos minutos, uno se engancha muy fácil, pero desengancharse es muy difícil.

Como culminación de tan importante intercambio, el padre Evelio concluyó que “ha quedado claro para todos que las drogas y el alcohol son azotes de la sociedad, destructoras de la familia, y que es ella, precisamente la familia, ese horcón de la vida, la única tabla de salvación para salir de estas adicciones. Aprendimos que si hacemos que la familia se fortalezca, estamos contribuyendo a que el alcoholismo y las drogas encuentren una muralla que los frene”. Por último, agradeció a todos por su asistencia, pero en especial a estos dos hermanos pertenecientes al grupo de AA que sesiona en el salón parroquial de los Pasionistas.

Por su parte, la redacción de *Amor y Vida* agradece al padre Evelio, al hermano Carlitos, al MFC de la parroquia Pasionistas, y a los hermanos que brindaron sus testimonios y opiniones, que ejemplificaron valientemente con sus historias de vida, para que se divulgue en nuestra publicación, la importancia esencial que reviste la familia cuando es azotada por el grave problema de contar entre sus integrantes con un adicto, y cómo es ella el eje principal que coadyuva a la sanación de sus miembros.

